



La Lectura Popular

AÑO XXI.

Orihuela 1 de Diciembre de 1902.

Núm. 463

EL MILAGRO DE LOS MILAGROS

Una virgen concibió un varón dijo el profeta Isaias: y así sucedió.

¿Puede darse milagro mas grande?

Pero la Virgen que concibió á ese varón fué concebida sin pecado original.

He aquí otro milagro no menos estudiando.

Y luego esa Virgen purísima ha seguido y sigue siendo fuente de milagros.

Razon tiene el mundo incrédulo para alarmarse.

El mundo panteista, racionalista, ateo; el mundo naturalista, que se revuelca en la materia con los ojos cegados por el orgullo, sin querer ver en todas partes sino fenómenos de una naturaleza tanto menos comprendida cuanto más estudiada, ese mundo á cada momento tiene que beber el milagro á grandes dosis, respirar el milagro, palpar el milagro y sufrirlo bien á pesar suyo.

Cierto que no lo hace sin protestas; pero esas protestas sirven precisamente para llamar mas la atención de los hombres hacia la luz que ha de salvarlos.

Se explica, pues el periodo de lucha que atravesamos: periodo que de cuando en cuando se agrava y toma proporciones gigantescas por altos designios de Dios, para bien de la humanidad.

Una de esas agravaciones principió con las apariciones de Lourdes.

Las 18 apariciones de la Inmaculada Concepción en Lourdes produjeron en el mundo de la inteligencia la agitación mas trascendental que ha sufrido el siglo XIX; fue una llamarada que inflamó la fé de los unos, encendió la ira de los otros, y engendró consecuencias que solo pueden ya escapar á la torpeza del observador ligero.

Por ser oportunísimo, queremos hablar hoy de esa lucha.

Pero no vamos á ser nosotros los que hablemos: dejemos hablar al sabio y eru-

ditísimo autor de una obra que debieran adquirir y leer, no solo los católicos, sino aun los no católicos que se precian de ilustrados: nos referimos al libro del P. Juan Mir titulado «El Milagro,» del cual copiamos lo que sigue:

Era muy puesto en razon que á los hombres del siglo XIX, que tanto asquean el milagro, les diese en rostro con el nuestro soberano Señor, y los dejase aturridos y confusos, sin estar en su mano cerrar los ojos á la grandeza del divino poder. A la turba de incrédulos y de semi-creyentes, que si admiten la posibilidad, claman contra la verificación del milagro, era justo que tomase la mano la Reina del Cielo,



y viniese á ponerlos de pies en el camino de la verdad, atajando de todas maneras los efugios que para rehusarla habían de inventar. La cueva de Lourdes es la escuela donde la Emperatriz de los cielos con la palmaria en la mano meterá por los ojos á nuestros sabios una importante lección.

Bernardeta de edad de catorce años, endeble y de poca salud, el día 11 de Febrero de 1858 tuvo en la gruta de Lourdes esta visión. Aparecióle una matrona de extraordinaria hermosura, vestida de blanco, dos cintas azules le bajaban hasta los pies y otra tambien azul le rodeaba la cintura; de la mano le colgaba un rosario. Al punto comenzó la gritería de los sabios: Alucinación, catalepsis; y con voces despertaban á los dormidos diciendo: «Detenga la Aparecida el curso del sol como Josué, saque agua de la peña como Moisés, sane enfermos incurables, mande á la naturaleza, y creeremos; mas ¿quien ignora que semejantes cosas ni son ni serán jamás?» Estos eran los clamores del racionalismo más amedrentado que corajoso.

El comisario de policía, Jacomet, quiso informarse de la *visión* y que diese

razón de sí á un severo interrogatorio (21 Febrero, 1858) Las respuestas dejaron desahogada la petulancia del hombre, y hubo de perder el bocado en que confió dar dentellada. Otro, M. Dufo, abogado incrédulo hizo preguntas de propósito á Bernardeta, y tuvo que oír las respuestas humillado y rendido. A los 25 de Febrero la extática, entre innumerable concurso, después de la visión acostumbrada, por indicación de la aparecida escarbando con los dedos el suelo ve mojada la tierra con agua. Los filosofastros llamaban casual aquel sudor de la gruta, mas como el hilo de agua se hiciese mayor, y la fuente manase y llegase á dar en aquella semana 120 mil litros de agua cristalina y potable al día, por no sufrir aquel baño de vergonzosa confusión dijeron mil demasías, y en particular que siempre había habido manantial en aquel paraje. Pero mientras atronaban al público con sus voces, el agua recién salida fué aplicada á un hombre que adolecía de una *amaurosis incurable*, y en aquel instante quedó extirpado el mal desde su raíz. Para obscurecer la verdad del milagro los que porfiaban que de antiguo existía la fuente, fué menester negasen, como negaron, que el hombre (Bourriette) tubiese el ojo malo, concediendo á lo sumo que se creía sano sin estarlo de veras.

Las curaciones instantáneas se alcanzaban unas á otras. El agua benéfica era apetecida y buscada con ardor. A fin de excusar desengaños el obispo de Tarbes, Mons, Laurence, silencioso y confiado veda y pone ley á su clero para que no se acerque á la gruta. «Al revés el barón Massy gobernador, guarnece con cuerpo de guardia aquel sitio y con centinelas coge las avenidas. A pesar de estas precauciones crece la concurrencia de los peregrinos y la frecuencia de los prodigios. La traza de los periódicos librepensadores es callar los sucesos verdaderos y fingir milagros falsos atribuyéndolos á Bernardeta.

A los 25 de Marzo dice la aparecida á la niña Soubirous: *Yo soy la Inmaculada Concepción*. Nadie oyó ni vió cosa, sino sola Bernardeta. Otras muchachas se vendían por videntes; sus visiones se desvanecieron de la noche á la mañana, pero las de nuestra niña eran frecuentes, y con todas las señales de buenas y castizas. Al eco de la fama los pueblos corrían desahogados, y en tocando el agua á los enfermos curaban ó en el acto, ó en breve tiempo. Llega á oídos del ministro de Cultos el raro acontecimiento, y determina que se

veden á la jóven las idas y venidas á la cueva (12 Abril). El obispo de Tarbes no tiene muerta la esperanza.

Los médicos, incrédulos los más de ellos, condenan el rumor del hecho; primero tachan de hipócrita á Bernardeta, después por alucinada, en fin por demente. Los buenos los instan á que se hagan testigos de los éxtasis; responden ellos que se sabían de coro que no hay milagros en el mundo. El Dr. Dozous, médico incrédulo, se ofrece á desbaratar aquellas quimeras. Va á Lourdes, estudia el temperamento de la extática, no la suelta de la mano, la pulsa antes y después de los éxtasis, por dieziocho días continuos presencia éstos fenómenos. En uno de ellos, llega la niña á poner las manos, que tenía enclavijadas, sobre una vela encendida, fija en el suelo: la llama serpeaba y se mostraba entre los dedos. Los circunstantes al verlo querían estorbar aquella molestia, pero el Dr. Dozous no dejó que nadie se le acercase. Un cuarto de hora permaneció Bernardeta en esta postura. Después Dozous examina detenidamente las manos, y no halla resabio de quemazón. Y arrojando la vela á la niña fuera del éxtasis, notó que no era insensible. Tenemos dos hechos prodigiosos: insensibilidad é incombustibilidad. La insensibilidad es común á los éxtasis, como más adelante veremos, y se obtiene con el cloroformo, cocaína, hipnotismo, etc. La incombustibilidad no es natural, porque el calor, aun sin causar dolor, carboniza la epidermis y las partes profundas de la piel. En nuestro caso, la piel de Bernardeta quedó ilesa sin señal de quemadura, sin descomposición del tejido, al calor de la llama. Más de cien personas fueron testigos. Zola, en vez de examinar con detención el Prodigio, hurtando el cuerpo á la dificultad se contenta con una relación superficial y enigmática diciendo: «Sobre el cirio dejó la jóven por mucho tiempo la mano inadvertidamente (por megarde), sin quemarla.» En estos dos meses tuvo Bernardeta dieziocho éxtasis: después cesaron del todo. Entre tanto corrían rumores de curaciones milagrosas obradas lejos de la cueva por el agua de la fuente.

Los enemigos del milagro hacen extremos por poner silencio al ruido de tantas maravillas. Los sabios llaman otra vez á su tribunal á la extática, y sellan con el silencio la boca, avergonzados. Un magnetizador quiere magnetizarla, y nada logra de aquel temperamento linfático. Promesas y amenazas ninguna mella hacen en su pecho virginal. Dos médicos ponen á prueba su cordura y discreción, y declaran que no es posible sea ilusa ó demente. Sin embargo, el gobernador manda llevarla al hospicio de Tarbes y quitar las cosas devotas de la cueva. (4 Mayo.)

Para poner en ejecución estas órdenes del gobernador, el comisario de policía busca por treinta francos un carro, y no le halla: al fin una mujer, que se quebró una pierna el día siguiente, le facilita á Jacomet un carretón para acarrear las cruces, estatuas, cuadros, cirios, rosarios, collares, dijes, ramilletes, alfombras, cestillas y dineros de limosna; y tomándole un hombre, que el mismo día se des-

gració los pies, una segur para echar abajo la balastrada que cercaban las presentallas dichas, dejó la cueva desnuda y limpia como estaba antes de la aparición.

La prisión de Bernardeta no se hizo porque M. Massy, examinado con diligencia el temperamento de la doncella, no la tuvo por loca ni por ilusa. Con esto venía á confesar en cierto modo la realidad de los milagros, por más que se opusiese á ella de punta en blanco. Menudeaban los casos de curaciones repentinas. Como no las podían negar, inquirían los sabios la razón de ellas en las cualidades minerales de aquel raudal; y cual si la fuente por llamarse termal ó terapéutica fuese propiedad del Estado, el alcalde prohíbe tomar agua y entrar en la cerca. Mas hete aquí que un famoso químico de Tolosa M. Filhol (7 Agosto 1858) examina con toda escrupulosidad el agua de Massabielle, y en informe oficial depone ser común, cristalina y desprovista de propiedades sanativas; y sin embargo, sanaba repentinamente á los desahuciados.

Para colmo de desaciertos el ministro de Cultos, Rouland, intenta hacer violencia á la devoción de los fieles que anhelaban el agua de Lourdes. Al mal informado ministro le sale al encuentro el valeroso Obispo, y con eficaces razones reporta y reduce al silencio la insolencia del hombre lenguaraz que había osado llamar ceremonias grotescas, comedias escandalosas, deplorables manifestaciones las cosas que en la cueva habían sucedido.

El poder civil desbaratado y confuso, lejos de rendirse empuñase en lucha fiera intentando decidir su triunfo por las hojas de los periódicos. Los órganos del naturalismo, franceses y extranjeros, se mancomunan, arman algarazá contra los milagros de Lourdes, quien se declara contra la existencia del milagro apodándole espantajo de la seria convicción, quien disfraza con falsedad las cosas y calumnia las personas vendiendo las maravillas por trapacerías de curas, quien anuncia que Bernardeta se volverá loca antes de acabarse el mes, quien recibe con risadas y desprecia con escarnio la pastoral del Obispo de Tarbes; por otra parte, los papeles católicos vuelven por la verdad denodados y exigen con instancia que se consideren las cosas con gran diligencia en lugar del silencio y atropello que los descontentos aconsejaban. Entre tanto el emperador Napoleón se mordía en secreto los labios.

No callaba la voz de los milagros. Sonaban por los departamentos franceses, y aún llegó su fama á las naciones vecinas. De todos los que se podían averiguar hacia jurídica información la comisión nombrada por el Ordinario. Personajes de alta consideración llamados por el rumor de los sucesos acudían á Lourdes, preguntaban por Bernardeta, solicitaban el beneficio del agua; mas viendo cerradas las puertas del recinto, encadenada la libertad de la devoción, y vejados los fieles que se arrodillaban á rogar, es increíble lo sentidos que quedaban contra tales desahucios.

No tardó el emperador en saber lo que en Lourdes pasaba y los desmanes del poder civil. Napoleón III, que miraba

con ojos fríos todo lo tocante á religion, mostróse enojado del mal tercio que le hacían en este asunto el ministro y el gobernador. Despacha al punto por el telegrafo un parte al gobernador de Tarbes, mandando revocar el edicto de prohibición y conceder entera libertad á la devoción de los pueblos. Disponía así Nuestro Señor las cosas para que aquellos mismos que habían procurado apagar la palpable evidencia del milagro, fuesen los que más ayudasen á su esplendor y engrandecimiento. El gobernador y el comisario hubieron de resignar sus cargos.

Aquí entra el comentario de Zola.

«En el emperador, dice el muy blasfemo é incrédulo, renovóse el antiguo sueño humanitario, la vuelta de su compasión hacia los desheredados... Un grito de alegría divina se dejaba oír: Dios había vencido. ¿Dios? ¡Ah! nó, sino la miseria humana, la eterna necesidad de la mentira, esa esperanza del condenado, que mirando por su salvación remítela á las manos de una omnipotencia invisible, más fuerte que la naturaleza. Única poderosa á quebrantar sus inexorables leyes. Quien había vencido era la piedad soberana de los caudillos del pueblo, el obispo y el misericordioso emperador, dejando á los enfermos el fetiche que consolaba á los unos y á veces curaba á los otros.»

¡Que barbaridad!

No se atreve el escritor materialista á porfiar contra la verdad de los milagros; tropezó en la nube lúcida, y por no sufrir el resplandor cierra los ojos, y como bestia de tahona anda ciego al rededor de esta ridícula sentencia:

«El deseo de sanar sanaba, la sed del milagro hacía el milagro.»

Apenas junta una palabra con otra, que no insinúe un desatino.

La comisión diocesana seguía tomando informaciones de los casos que á centenares se ofrecían, de curaciones prodigiosas, con tanto rigor en la elección, que sólo consideraba las curaciones instantáneas y selladas de antemano con la calificación de médicos hábiles y de químicos acreditados. En testimonio de lo cual el Ilustrísimo Prelado (18 Enero 1862) después de maduro examen y sin atender á las maravillosas conversiones de pecadores inveterados, y no teniendo en cuenta las raras y estupendas operaciones de la gracia, declaró que el agua natural de Lourdes había curado enfermos desahuciados y tenidos por incurables, que dichas curaciones habían sido parte súbitas, parte con solo beber agua ó lavarse con ella dos ó tres veces; pero que eran permanentes y firmes sin que la medicina hubiese podido desmentir la verdad de la convalecencia.

El milagro prosperaba en el recinto de Lourdes y extendía su crédito por el ámbito de entrambos mundos. «El milagro brilla con creciente claridad en la gruta de la Inmaculada Concepción. En ningún tiempo quizá, ni aun en el de las Cruzadas, el pueblo cristiano se vio arrebatado de un ímpetu más irresistible y divino. En ningún lugar de la tierra los prodigios se han multiplicado con tan larga misericordia como aquí. Nuestra

edad, cual ninguna otra, negó el milagro, y el milagro rebosa con una valentía y en tanta copiosidad que el orgullo de la razón se siente amilanado, y la fe espantada y llena de esperanza y amor. La mayor parte de las romerías que vienen de lejanas tierras, llevan algunos de sus enfermos totalmente curados. En menos de tres horas hemos visto cuatro dolientes vueltos en el acto á la salud. Miles de testigos presencian la súbita curación de dos enfermos de cinco y diez años. Médicos que se hallan presentes quedan atónitos y sin pulsos, el uno no cabe de gozo, el otro no puede con el llanto, las turbas arródladas oran, cantan himnos, entre tanto pecadores empedernidos piden confesión, un protestante no consiente dilación en su bautismo, todas las almas salen fuera de sí de reconocimiento y de amor. Evidentemente el dedo de Dios, su mano, su corazón anda aquí.»

Antes que se juntase en Lourdes la romería nacional del 72, en los meses de Junio y Julio del 71 visitaron la cueva al pie de treinta mil personas en diferentes cáfilas; en cada peregrinación, día por día, sentíase con salud repentinamente algún enfermo señalado. La nación francesa estaba enferma, la enfermedad que consumía sus entrañas y amenazaba acabar su vida moral, era el horror del milagro. La Virgen sin mancha muestra su apacible semblante, y con milagros viene á curar á la enferma de gravedad. ¡Y que milagros! Milagro en dieziocho apariciones celestiales que roban los sentidos á Bernardeta, milagro en el viento misterioso que conmueve á la niña sin agitar las ojotas secas, milagro en el manantial que de repente brota del suelo y crece y nunca merma, milagro en el concurso de peregrinos que á bandadas acuden de ambos mundos, milagro en la población repentina de un lugar yermo é inaccesible, milagro en los edificios monumentales erigidos allí por la fe y devoción, milagro en las mercedes espirituales y temporales alcanzadas por la intercesión de María, milagro en el libro de Enrique Lasserre, debido á una curación instantánea de los ojos, que tenía el autor casi del todo perdidos (*Notre Dame de Lourdes*), milagro en las cuarenta ediciones hechas en el espacio de tres años, del texto francés, milagro en fin en la torpeza y atolondramiento de los deistas que no osan confesar ni contrariar el milagro.

De tan vergonzoso silencio acaba Artus un argumento irrecusable que queremos hacer propio expresándole con sus mismos términos. «Y pues entre tantos testigos que vieron por sus ojos, entre tantos filósofos que se encogen de hombros al que de intervencion divina les habla, entre tantos adversarios como tienen los milagros, uno que es uno, no se ha presentado á recoger el guante, y toda la turba de libres pensadores ha hecho el sordo y rehusado aventurar su bolsa en la mesa de los jueces; de hoy más todos los hombres cuerdos y de buena fe deberán tener por demostrado que los hechos sobrenaturales ocurridos en Lourdes en nuestro siglo y narrados por Enrique Lasserre, están puestos fuera de controversia, que verdaderamente la Virgen Ma-

ria apareció en Lourdes, que la fuente brotó del suelo por obra divina, que las milagrosas curaciones declaradas ciertas por los adversarios que no osan combatir las, testifican y prueban, á los ojos del que quiera tenerlos abiertos, la divina verdad del Cristianismo y la eterna omnipotencia del Dios humanado que adoramos en nuestros altares. Queda también demostrado que los libres pensadores, cuando en sus libros, periódicos y disputas desechan y llaman á disputa el milagro, el catolicismo, la divinidad de Cristo con tanto descuido, fingen seguridad y certidumbre que no tienen ni en sus conciencias, ni en sus entendimientos, ni en sus corazones. Queda también puesto en clara evidencia que en el ventilar estas cuestiones religiosas, que ellos tratan con tanta liviandad y sin mirar el daño que á los pueblos hacen, no quieren poner á riesgo un solo escudo, ni en contingencia el éxito de una reyerta: lo cual basta para calificar su conducta, y medir la condición de su buena fe, y pesar lo que son y valen.»

¡Divinamente dicho, divinamente trazado! Desvaríos permite Dios á los hombres para demostración perentoria del milagro. Porque el celoso D. Emilio Artus, agraciado con la curación súbita de una sobrina de catorce años, notando los excesos de los racionalistas, que sin apurar la verdad de las cosas hacían befa de los milagros, tuvo la valentía de entrar en apuesta con todos ellos desafiándolos á que demostrasen que Bernardeta había estado encerrada por loca en el convento de las Ursulinas de Nevers. El que quisiera estar á juicio llevaría por premio, si vencía, diez mil francos, los cuales depositó en manos del notario Turquet con cinco mil mas para gastos de la causa. Un año entero estuvo en depósito el premio; ningún libre pensador aceptó el reto, ninguno tuvo pecho para entrar en campo con Artus bajo las condiciones propuestas.»

Y ahora añadamos nosotros para po-fin á todo lo transcrito. ¿Qué necesita la incredulidad moderna para ver claro?

Querer abrir los ojos.

¡Ahl! Se me olvidaba; y limpiar las inmundicias del corazón.

A. C.

VARIEDADES

BERNABÉ

En tiempo del rey Luis vivía en Francia un pobre saltimbanqui de Compiègne, llamado Bernabé, que recorría las ciudades dedicándose á juegos de fuerza y habilidad. Los días de feria echaba en la plaza una alfombra vieja, y despues de haber atraído á niños y curiosos con algunas bromas, tomaba actitudes violentas y se colocaba un plato de estaño en equilibrio sobre la nariz. La multitud le contemplaba con indiferencia, pero cuando, poniendose cabeza abajo y sostenien-

dose con las manos, echaba al aire y recibía con los pies seis bolas de cobre que relucían al sol, ó cuando se retorcia hasta que los talones casi le tocasen la nuca, jugando en esta posición con doce cuchillos, se levantaba un murmullo de admiración y las monedas caían á montones sobre la alfombra.

A pesar de todo, como la mayoría de los que viven de su talento, el buen Bernabé pasaba grandes apuros á través de su existencia errante. En primer lugar no trabajaba cuando hubiera querido. Para mostrar su talento éranle necesarios, como á los árboles para dar flores y frutos, el calor del sol y la luz del día. Durante el invierno, parecía un árbol sin hojas y casi muerto. La tierra helada era rigurosa para él. Pero como tenía el corazón sencillo, sufría con paciencia todo sus males. Nunca había reflexionado sobre el origen de las riquezas ni sobre las desigualdades de los hombres. Creía con firmeza que si este mudo es malo, el otro no puede dejar de ser bueno, y esta esperanza le alentaba. No blasfemaba nunca el nombre de Dios y vivía honestamente.

Era, en fin, un hombre justo y particularmente devoto de la Virgen Santa. Cada vez que entraba en una iglesia se arrodillaba ante la imagen de la Madre de Dios le dirigía una oración piadosa y sencilla. Pues bien, una tarde lluviosa en que, triste y cabizbajo, andaba con los enseres debajo del brazo buscando una granja en que recogerse, encontró por el camino á un fraile y le saludó humildemente. Bien pronto cambiaron algunas palabras.

—Amigo le dijo el fraile.—¿Por qué vestís traje verde? ¿Estáis encargado del papel de gracioso en algún auto?

—No, padre—respondió Bernabé.—Tal como me veis, soy saltimbanqui. Es un oficio que sería el mejor del mundo si con él se pudiese comer siempre que se tiene hambre.

—Amigo Bernabé—le replicó el fraile—cuidado con lo que decís. No hay mejor estado que el monástico en que se celebran las glorias del Señor, de la Virgen y de las Santos. La vida del religioso es un cántico perpetuo al Creador.

—Padre—contestó Bernabé—reconozco que he hablado como un inocente. Mi mérito no puede compararse con el vuestro, y bien querría, Padre, cantar como vos los Santos Oficios y especialmente de la Virgen Santa, por la cual siento devoción particular. De buen grado renunciaría al arte que me da á conocer desde Soissons á Beauvais en más de seiscientos pueblos y ciudades por abrazar la vi-

da monástica.—

Al fraile le conmovió la sencillez de su compañero, y como no le faltaba discernimiento, reconoció que Bernabé era uno de aquellos hombres de buena voluntad de quienes Nuestro Señor ha dicho: «¡Que la paz sea con vosotros sobre la tierra!» Por esto le respondió:

—Amigo Bernabé, seguidme y os conduciré al convento de que soy Prior. Aquel que condujo á María Egipciaca por el desierto, me ha puesto en vuestro camino para que os guíe por el de la salvación.—

De este modo se hizo fraile Bernabé. En el convento donde fué recibido todos los religiosos celebraban las glorias de la Virgen; empleando en esta piadosa ocupación todo el saber y la habilidad que habían obtenido de Dios. Así, pues, el Prior componía libros que trataban según las reglas escolásticas, de las virtudes de la Madre de Dios; el hermano Mauricio los copiaba sabiamente en hojas de pergamino y el hermano Alejandro los adornaba con finas miniaturas en que se veía á la Reina de los Cielos sentada en el trono de Salomón. A sus pies velaban constantemente cuatro leones mientras alrededor de su cabeza coronada volaban siete palomas, que simbolizaban los siete dones del Espíritu Santo.

También el hermano Mariano era uno de los más tiernos hijos de María. Ocupado constantemente en tallar imágenes en piedra, tenía los cabellos blancos de polvo y los ojos rojos é hinchados, pero ya de edad avanzada conservaba aún la fuerza y la salud, porque visiblemente la Reina del Paraíso favorecía á aquel hijo querido.

También había en el convento poetas que componían en latín himnos y prosas en honor de la bienaventurada Virgen María, y hasta moraba en él un picardo que relataba los milagros de la Madre de Dios en lengua vulgar y en versos rimados.

Viendo este concurso de alabanzas y esta abundancia de obras bellas, Bernabé se lamentaba de su ignorancia y de su simplicidad.

—¡Cuán desgraciado soy!—suspiraba paseándose por el jardincillo sin sombra del convento. — ¡Cuán desgraciado soy por no poder alabar dignamente como mis hermanos á la Santa Virgen, á quien he consagrado la ternura de mi corazón! ¡Pobre de mí! soy un hombre tosco y sin arte; no tengo para alabaros, Señora, ni sermones edificantes, ni tratados exactamente divididos según las reglas, ni hermosas pinturas, ni estatuas perfectamente

talladas, ni versos cantados y agradables al oído. ¡Nada puedo ofreceros, tan miserable soy!—

Así gemía abandonándose á la tristeza. Una tarde, mientras los monjes se recreaban conversando, oyó explicar por uno de ellos la historia de un religioso que sólo sabía recitar el *Ave María*. Este religioso fué menospreciado por su ignorancia, pero cuando hubo expirado surgieron de su boca cinco rosas en honor de las cinco letras del nombre de María, y así su santidad se hizo manifiesta.

Oyendo esta relación, Bernabé se admiró una vez más de la bondad de la Virgen, pero no se consoló con el ejemplo de aquella muerte bienaventurada, porque su corazón ardía en celo y quería servir la gloria de su Señora, Reina del Cielo.

Y buscaba un medio sin poder hallarlo, y cada vez se afligía más. Pero una mañana se levantó lleno de gozo, corrió á la capilla y allí permaneció solo por espacio de una hora larga. Después de comer hizo lo mismo.

Desde aquel momento se dirigía á la capilla mientras estaba desierta, y allí permanecía gran parte del tiempo que los restantes frailes consagraban á las artes liberales y mecánicas. Ya no estaba triste ni se lamentaba como antes.

Tan singular conducta excitó la curiosidad de los frailes. Toda la comunidad se preguntaba la causa de aquellas salidas tan frecuentes.

El Prior que tenía el deber de no desconocer ningún detalle de la conducta de los religiosos, decidió observar á Bernabé durante el tiempo en que éste permanecía solo en la capilla. Y efectivamente, un día el Prior, acompañado de dos hermanos viejos, á la hora oportuna fuese á examinar por el agujero de la cerradura lo que sucedía dentro del templo.

Bernabé, ante el altar de la Virgen, con la cabeza rasando el suelo y los pies hacia arriba, jugaba con las seis bolas de cobre y los doce cuchillos. En aquel instante ejecutaba en honor de la Madre de Dios las habilidades que más elogios le habían valido. No comprendiendo que aquel hombre sencillo pusiese de aquel modo su talento y su saber á los pies de la Virgen los dos viejos iban á poner fin al sacrilegio.

El Prior sabía que Bernabé era un corazón sencillo, pero le creyó atacado de demencia. Los tres se disponían á sacarle de la capilla, cuando vieron que la Virgen bajaba los tramos del altar para enjugar con su manto azul el sudor que goteaba la frente de su sencillo adorador.

Entonces el Prior, prosternándose, con el rostro contra las losas, recitó estas palabras:

—Bienaventurados los humildes, porque verán á Dios!

—¡Amén!—respondieron los ancianos besando la tierra.

Anatolio France.

La edad prehistórica

EN ORIHUELA

Satisfacción no pequeña cabe al Colegio de Santo Domingo de esta Ciudad dirigido por la Compañía de Jesús, por haber contribuido con un nuevo trabajo á ilustrar la prehistoria de esta region descubriendo nuevos tesoros valiosísimos á los ojos de la novísima ciencia en las estribaciones del monte llamado de la muela. Nuestro querido amigo el R. P. Julio Furgús, después de trabajar asidua y hasta personalmente en el descubrimiento de más de 600 sepulturas, y clasificar los objetos en ellas hallados, que constituyen ya un pequeño museo, ha publicado un estudio de los mismos, ilustrado con diez fototipias que nada dejan que desear.

Por nuestra parte, agenos á unos conocimientos que tanta erudición exigen, no nos atrevemos á meternos en honduras dando opinion sobre este trabajo que forma el núm. 7 (Tomo 1.º) del Boletín de la Sociedad Aragonesa de ciencias naturales de Zaragoza.

Pero permítasenos sacar de él una consecuencia congruente con nuestra misión de propagandistas católicos y preguntar:

¿Son estas las congregaciones dedicadas á la enseñanza que por amor á la ciencia trata de atar cortas nuestro ministro de instrucción pública con sus intencionados decretos sobre enseñanza?

¡Pobre ciencia! el día que se encarguen exclusivamente de llevarla por los caminos del progreso los amigos del Sr. Conde de Romanones.

Cierto que Odon de Buen descubrió el *Hiparión*.

Pero resultó un burro; y un burro, señor Conde, tiene escaso valor científico en los tiempos que corremos.

Siquiera por la abundancia de ejemplares.

A. CLAVARANA

BIBLIOGRAFÍA

TAPICES VIEJOS.—Así se titula el nuevo volumen que acaba de publicar la BIBLIOTECA BLANCA de los Sres. L. González, Comp. editores pontificios de Barcelona, conteniendo nueve leyendas escogidas de G. Silva, A. Daudet, S. Kapper, A. France, R. Renzaccio, E. Souvestre, F. F. Brre, O. J. Ephner y J. Tourgueneff. A ese volumen pertenece la linda narración mariana titulada *Bernabé* que ha'ran visto nuestros lectores en la sección recreativa.

LA LECTURA POPULAR

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN DIRECTA

Una acción	4 pesetas mensuales
Media id.	2 " " "
Un cuarto id.	1 " " "
Un octavo id.	0.50 " " "

Por medio de correspondencia 25 céntimos más por acción mensual, siendo para la península

Dirigir la correspondencia á D. Pascual García, administrador de este periódico, Orihuela. Puede hacerse también la suscripción en Madrid en la administración de *La Semana Católica*, Páez 6, principal, y en las demás librerías católicas.

Imp. de LA LECTURA POPULAR